

# La desobediencia al Evangelio



*Charles H. Spurgeon*

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

## La desobediencia al Evangelio

Nº 2804

Sermón predicado la noche del Domingo 14 de Enero de 1877 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington.

*“Pero no todos obedecieron el evangelio”*. — Romanos 10:16.

Se puede decir de quienes han oído el evangelio que “no todos obedecieron el evangelio”. Y ésta, queridos amigos, es una de las pruebas más claras de la profunda depravación de la naturaleza humana. Podríamos haber esperado que, si Dios, en el ejercicio de Su maravillosa misericordia, detuviera Su mano, y no ejecutara de inmediato la sentencia de justicia contra el culpable; si, en su gracia sorprendente, dispusiera de una manera por la que pudiera ser justo, y sin embargo pudiera justificar a los impíos; digo, podríamos haber pensado que en el momento que los hombres oyeran esa buena nueva, la creerían de inmediato. Al ver que habían ofendido a Dios, y de esa manera se habían colocado a sí mismos en un estado de condenación, habríamos pensado que, tan pronto como el Dios de gracia mencionara la posibilidad del perdón, lo habrían buscado de Su mano.

Era imposible imaginarse, aparte de la total ruina de la naturaleza del hombre por la caída, que hubiéramos necesitado de tantos ministros, de tanta súplica, de tantos años de paciencia por parte de Dios, y, sobre todo, que hubiéramos necesitado de la manifestación del todopoderoso Espíritu del propio Dios, antes que los pecadores quisieran obedecer el evangelio. Sin embargo así es. Y que yo sepa, nada bajo el alto cielo prueba tan claramente que el corazón del hombre está absolutamente apartado de todo lo que es bueno, y que el pecador realmente ha llegado a convertirse en un demente a través de su pecado, pues ese hombre rechaza el evangelio de gracia, rehúsa la misericordia divina, y a menudo cierra su oído a la voz de los mensajeros de Dios. Y en cada caso pisotea la propia sangre del Hijo de Dios, excepto cuando el Espíritu Santo renueva la naturaleza. ¡Oh hombre,



tú que fuiste en el comienzo como los hijos de la mañana; mejor dicho, más que eso, tú que fuiste hecho a semejanza de Dios; tú cuyo lugar era en el Edén, el jardín del Señor, ¡cuán bajo has caído, y a qué triste estado de separación de tu Dios has llegado por tu pecado!

Sin embargo ese no es mi tema en esta ocasión. Quiero, en el nombre del Señor Jesucristo, disponer de un momento para hacer una súplica sincera a quienes no han obedecido el Evangelio. Ese es el caso de muchos que se reúnen con nosotros en esta casa de oración, y lo es también de otros que se reúnen en otros lugares, quienes aunque han oído a menudo el Evangelio, sin embargo “no todos obedecieron el evangelio”. Tal vez algunos de esos que han sido desobedientes hasta ahora, lo obedecerán hoy. ¡Que el Espíritu de Dios nos conceda eso!

I. Mi primera observación sobre el texto es ésta: EL EVANGELIO VIENE A LOS HOMBRES CON LA FUERZA DE UN MANDAMIENTO: “No todos obedecieron el evangelio”. Pero no se puede hablar de obedecer algo que no tiene la autoridad de un mandamiento; es claro, por tanto, que el Evangelio viene a los hombres como un mandamiento, y que tiene la fuerza de un mandamiento.

No me voy a detener a citar todos los textos que ustedes pueden recordar con facilidad y que, a menos que se les despoje de su verdadero significado para acomodarlos a una cierta forma de enseñanza teológica, prueban que el evangelio viene a los hombres como un mandamiento. Voy a mencionar tan sólo un pasaje: “Por eso, aunque antes Dios pasó por alto los tiempos de la ignorancia, en este tiempo manda a todos los hombres, en todos los lugares, que se arrepientan”. Así no se presenta como una opción para ustedes si quieren aceptar el evangelio o no. No se les dice: “Ustedes pueden aceptarlo, si quieren; o pueden rechazarlo, si quieren”. No pueden rechazarlo sin incurrir en la culpa de desobediencia a un mandato divino.

El Evangelio no viene a ustedes como una cosa ordinaria, que es de poca o de ninguna importancia. Es cierto que pueden rechazarlo. Pero no sin un terrible riesgo para su alma. No solicita de manera humilde entrar en el corazón de ustedes. Lo exige, lo reclama como un derecho. No viene como un mensaje de uno de sus compañeros. Sino que, con autoridad divina, viene a ustedes de la boca del propio Dios, directamente por medio

de su Palabra, o indirectamente por medio de la fiel predicación de sus siervos. Por tanto, si lo rechazan, desobedecen al propio Dios, como aquellos a quienes en tiempos antiguos Él les decía: “Todo el día extendí mis manos a un pueblo desobediente y rebelde”. Rechazar el Evangelio de Cristo, es cometer un gran pecado. Él mismo dijo, concerniente al Espíritu Santo, “Cuando él venga, convencerá al mundo de pecado”; y luego, casi inmediatamente, agregó: “En cuanto a pecado, porque no creen en mí”. Que los hombres no crean en Cristo es como si fuera la misma esencia del pecado, la flor y la corona del pecado, su virus, la quintaesencia de la culpa.

Y más aún, el mandamiento para los hombres de creer en el Evangelio tiene la pena de muerte unida a su desobediencia. Déjenme recordarles las palabras de nuestro Señor Jesucristo sobre este punto: “El que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y ésta es la condenación: que la luz ha venido al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”. Recuerden también la solemne declaración de nuestro Señor en relación al ministerio universal de su Palabra: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que cree y es bautizado será salvo; pero el que no cree será condenado”. Entonces, vean, se nos da el evangelio como un mandamiento, y desobedecerlo conlleva una horrible penalidad.

Ahora, amados hermanos, posiblemente me van a decir: “¿Cómo es que el Evangelio, las buenas nuevas de Dios para el hombre culpable, el Evangelio que está lleno de gracia, que es de verdad todo de gracia de principio a fin, viene en la forma de un mandamiento? ¿No tiende a convertir a tu predicación en una predicación legal?” Mi respuesta a esa pregunta es que si tiene ese resultado, no puedo impedirlo. Estoy obligado a predicar lo que encuentro en la Palabra de Dios. Cualquiera que sean las consecuencias, no debo alterar la forma del mensaje de mi Señor.

Pero me parece que el Evangelio está anunciado en la forma de un mandamiento, primero, para alentar a los pobres buscadores cuando están en el proceso de venir a Cristo. En general su pregunta es: “¿Podemos entrar?” Como regla, también preguntan: “¿Podemos realmente creer en Jesucristo? ¿Podemos atrevernos a hacer eso?” Ahora bien, si existe solamente una invitación, o si esa invitación está limitada a personas de un

cierto carácter, el ojo del pecador estaría fijo en ese carácter, tratando de determinar si él es uno de esos invitados. No queremos que vuelva su mirada hacia sí mismo, y sin embargo eso es exactamente lo que hace usualmente, y esto le impide fijar su mirada en Cristo, donde únicamente se encuentra la salvación. Ésta es, creo yo, una razón por la que el Señor ha puesto el mensaje del Evangelio en forma de un mandamiento.

Ustedes ciertamente pueden hacer lo que Dios les manda hacer. Aun la misma desesperación no puede hacer ninguna pregunta al respecto. Si se me ordena guardar el día del Señor, entonces ciertamente, se me permite hacerlo así; y si se me manda adorar a Dios, ciertamente me es permitido adorarlo. Así entonces, si como pecador se me manda poner mi confianza en el Señor Jesucristo, no necesito detenerme para ver lo que soy, o quién soy, o buscar algo bueno o alguna preparación en mí. Tengo la certeza que puedo creer en Jesús, porque se me ordena hacerlo.

Algunas veces he tratado de explicar esta verdad con la comparación que la Reina Victoria mandara una orden a un hombre pobre, de los barrios más bajos de Londres, para que fuera a reunirse con ella en el Castillo de Windsor. Simplemente imaginen que esto fuera posible, y que el mensaje dijera más o menos algo así: “A Fulano de Tal, de tal y tal lugar, se le ordena venir a nuestro palacio real de Windsor. Si no asiste, aténgase a las consecuencias”. Bien, ese hombre sentiría probablemente que una orden así, difícilmente podría ser verdadera. Le daría vueltas, miraría la firma y el sello. Pero si la invitación fuera genuina, lo veo poniéndose en marcha rumbo a Windsor tan rápido como fuera posible. Si hablara sobre el objeto de su viaje y dijera: “voy a ver a Su Majestad”, todos sus acompañantes en ese viaje se reirían. “Es ridículo”, dirían, “¿Cómo puedes ser tan tonto? Es absurdo”. “Pero”, diría él, “la Reina me ordena ir. Vean, aquí están las órdenes escritas por su propia mano. Para qué voy, tan pobre e ignorante como soy, no lo sé, pero, vean, dice, ‘si no asiste, aténgase a las consecuencias’; así pues no me atrevo a desobedecer”. Observen que la propia dureza de la orden, la forma enérgica con que fue expresada, tuvo ante los ojos de este hombre la fuerza de la ley, y de esa manera se convirtió en un estímulo para ir, y le dio fuerzas para ponerse en camino.

De igual manera, cuando el evangelio manda al pecador a arrepentirse, le dice en efecto: “Deja que tus razonamientos, y tus cuestionamientos, y tus dudas, y tus temores, todos sean eliminados por esta espada del Espíritu, que es la palabra de Dios, y que el propio mandato del Señor sea suficiente garantía para que vengas a Él”. Puesto que Él te invita a venir, con toda seguridad puedes venir. “Predicad el evangelio a toda criatura”, es el mandamiento de nuestro Señor; tú eres una criatura, por eso te predicamos a ti, y te decimos, en el nombre de Cristo, que “El que cree y es bautizado será salvo; pero el que no cree será condenado”. Se te presenta en esta forma para animarte, casi para conducirte a que vengas a Cristo, y confíes en que Él te salvará.

Tampoco me cabe alguna duda que el evangelio nos es dado en la forma de un mandamiento para darle ánimo a quien lo proclama. A menudo al terminar de predicar, he pensado: “Les he hablado del evangelio, y les he suplicado que vengan a Cristo, pero me pregunto si lo he hecho realmente como mi Señor quisiera que lo hiciera”. Ustedes saben que la verdadera predicación se hace en nombre de Jesús, y con su autoridad. Es como hacer un milagro; pues tenemos que decirle al muerto que viva, lo cual es la cosa más absurda que podemos hacer, excepto que, como Dios nos ha pedido que lo hagamos, lo hacemos, y el muerto vive. Nosotros decimos, “¡Sordos, oíd; y ciegos, mirad para ver!” Son cosas que para nuestra razón no tienen ningún sentido; sin embargo, como se nos ha pedido que lo hagamos, lo hacemos, y eso lo bendice Dios, y entonces el sordo oye, y el ciego realmente ve, y el muerto resucita. Bueno, he pensado: “¿Les he hablado a mis oyentes de esa manera, por la autoridad divina? ¿Teniendo este tesoro en una vasija de barro, ha resplandecido realmente la excelencia del poder de Dios?”

Ahora bien, pecadores, en el nombre de Jesús de Nazaret, que pronto vendrá otra vez para juzgar a los vivos y a los muertos, les entrego estos mandamientos en su nombre, “Arrepentíos y sea bautizado cada uno de vosotros”; “Crean en el Señor Jesús y serán salvos”. Estas palabras no son dogmas de la iglesia; son las claras verdades que encuentro en las Escrituras; y, en el nombre de Jesús, les encargo que las obedezcan. ¡Oh Espíritu del Dios viviente, haz que la gente sea obediente en este día que es el día de tu poder! Esa es, pues, otra razón por la que el evangelio se

presenta en esta forma, para que el ministro de Cristo pueda hablar con confianza, dando a los hombres el mandamiento, en nombre de su Señor, que se arrepientan, y crean en Jesús.

Pero, queridos amigos, hay otra razón adicional, y esa es, para dar el honor a Dios. El Evangelio no es algo que un igual ofrece a otro igual. Cuando el evangelio dice: “Cree, y vivirás”, no es la voz de un hombre hablándole a otro hombre. Le advierto a cada pecador que toma con ligereza al Evangelio que tenga cuidado con lo que hace, porque es Dios su Hacedor que también será el Juez de los impíos, Quien envía las invitaciones para la gran fiesta de bodas del Evangelio. Si la rechazas, no estás rechazando la invitación de un hombre, sino la invitación de Dios, tu Creador, y tu Juez. Estás realmente rechazando a Quien pronto vendrá en las nubes del cielo, con gran poder y gloria, para castigar al desobediente desterrándolo para siempre de su presencia. Así, es lo más adecuado que el Evangelio no venga como una invitación común, sino que debe venir con toda la fuerza de respaldo que puede tener un mandamiento divino.

Recuerden nuevamente que aunque las bendiciones del evangelio son en su totalidad dones de la gracia divina en dondequiera que se encuentren, son, sin embargo, cosas que la ley misma exige de los hombres. Por ejemplo, el Evangelio les llega para que ustedes puedan tener corazones nuevos, sin embargo el profeta proclamó hace muchos años la promesa de Dios, “Os daré un corazón nuevo”. El Evangelio les llega para que puedan ser puros, pero ustedes deben ser puros aparte de cualquier evangelio, no tienen derecho a ser impuros. El Evangelio les llega para que pueda quitar su pecado, pero no tienen ningún derecho a tener algún pecado. Su pecado lo han cometido contra Dios con toda intención y malvadamente, y la culpa de él yace a la puerta de ustedes. El Evangelio viene para que puedan reconciliarse con Dios, pero nunca debieron ser enemigos de Él; y, mientras continúen en enemistad contra Dios, están pecando cada momento. El Evangelio realmente les trae los dones de la gracia de Dios; pero, al mismo tiempo, les da, en gran manera, lo que debiera haber sido de ustedes, y hubiera sido de ustedes, si no hubieran pecado contra el Dios justo, y si no hubieran quebrantado su más santa Ley.

Además, las demandas que hace el evangelio, son, después de todo, solamente los deberes que con toda justicia les incumben; porque, creer a Dios, es el obligado deber de todos aquellos que han sido creados por Él para su alabanza; pues, no creer en Él, es hacerlo mentiroso.

Algunas veces, cuando hablo con algunas personas en privado acerca de sus almas, tengo un poder especial que me ha dado Dios el Espíritu Santo para hacer ver ese gran pecado a sus conciencias. Es muy probable que esté aquí la buena hermana que vino por segunda vez la semana pasada y me pidió que orara por ella, y yo le respondí que no haría nada de eso; y agregué: “Te he predicado el evangelio claramente; te he dicho que, si confías en Cristo, serás salva. ¿Para qué debo orar? ¿Le debo pedir a Dios que haga otro Evangelio que se ajuste a tu capricho, o que te salve de algún modo diferente a la fe en su Hijo? No puedo y no quiero hacer eso. Si dices que no puedes confiar en Cristo, prácticamente haces a Dios mentiroso; y si estás determinada a cometer ese supremo acto de culpabilidad, tu sangre caerá sobre tu cabeza”. Ella se sobresaltó cuando le presenté la verdad de tal manera; y entonces, cuando le expliqué de nuevo que este simple asunto de confiar en Jesucristo crucificado era la gran estipulación del evangelio, me dio mucho gozo descubrir que el Señor la condujo de inmediato a hacerlo; y mientras confesaba su fe en Cristo, en ese mismo momento, la luz y la libertad vinieron a su alma que había estado sumida tanto tiempo en la oscuridad y en la esclavitud.

Me parece que la cosa más terrible del mundo es que un hombre diga: “No puedo creer en Dios”. Muchas veces, cuando se me hace una observación así, he dicho: “Si tú me dices, ‘no puedo creerte’, me sentiría lastimado por tu falta de confianza; pero puedes decírmelo mil veces antes que decirlo una sola vez a Dios, que no puede mentir”. ¡Oh queridas almas, ustedes que todavía no creen en Cristo, recuerden que no es otra cosa sino el derecho de Dios que creamos en Él, y no es otra cosa sino el derecho de Cristo que confiemos en Él. Y que, tanto en el santo como en el pecador, no confiar en Dios es un pecado que no puede excusarse ni por un momento, y que, si no nos arrepentimos y somos perdonados, tendrá que ser tratado por el gran Juez de todos en el último juicio terrible!



Entonces, en relación al arrepentimiento, cuando un hombre ha pecado, ciertamente es su obligación arrepentirse de ese mal; y aunque nunca va a poder hacerlo hasta que el Espíritu de Dios lo conduzca, y todo arrepentimiento verdadero es siempre un don espiritual, sin embargo es igualmente cierto que, mientras esté en pecado, de inmediato, con todo su corazón y toda su alma, debe buscar el arrepentimiento. Debe buscar restituir el daño hecho, o, si no cabe la restitución, ciertamente debe confesar su falta, y buscar humildemente el perdón de esa falta. Me parece que nuestra propia conciencia nos dice que esto es verdad, y de esa manera confirma lo que encontramos registrado con claridad en la Palabra de Dios.

Como todos ustedes saben, el Evangelio es presentado bajo la imagen de una fiesta, y aquellos que no quisieron asistir fueron castigados por no ir. También se describe como el retorno del hijo pródigo a la casa paterna. La parábola del hijo pródigo no menciona todo lo relacionado con el arrepentimiento de un pecador. Por ejemplo, no se dice nada en ella, acerca del Espíritu de Dios que lleva al hijo pródigo a decidirse a regresar. Parecería que regresó por su propia voluntad. Pero Cristo no intentó enseñar toda la teología en esa única parábola. Es cierto que el hijo pródigo fue llevado de regreso por la obra secreta del Espíritu de Dios en su corazón. Al mismo tiempo, regresar fue siempre el deber del hijo pródigo, porque nunca debió haberse ido lejos. Y nunca hubo un momento, desde que “se fue a una región lejana, y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente” que no estuviera equivocado al actuar así. Nunca hubo un momento mientras daba de comer a los cerdos, que no estuviera equivocado al estar allí y si hubiera actuado correctamente, (sólo que su corazón pecador no le permitía hacer lo correcto) desde mucho tiempo antes habría dicho: “Me levantaré, iré a mi padre”.

Así pues yo creo que les he explicado claramente que el evangelio viene a los hombres con la fuerza de un mandamiento.

II. Ahora, en segundo lugar, vamos a preguntarnos: ¿CUÁLES SON, PUES, LAS DEMANDAS DEL EVANGELIO PARA SER OBEDECIDO?

Cualquier inconverso que esté aquí me puede decir, “Señor, usted me dice que no puedo escuchar la predicación del evangelio y luego irme, y rechazarlo a mi gusto, sin ser culpable de un gran pecado”. Sí, yo les digo

eso, y la razón es que la autoridad de Dios está detrás del mensaje del Evangelio. Cuando levantamos a Cristo en nuestra predicación, como Moisés levantó a la serpiente de bronce sobre un asta, y clamamos a nuestros oyentes: “Miren y vivan”, no estamos diciendo nuestras propias palabras, estamos expresando las palabras de Dios. Rechazar nuestras palabras sería un asunto de poca importancia; pero rechazar el testimonio de Dios, es una culpa del más negro tono. Querido amigo mío, dame tu mano, y al apretarla, déjame verte al rostro y decirte, “Cuando el propio Dios presenta a Cristo como la única propiciación por el pecado, ¿le darás la espalda y rechazarás tan grande salvación?” ¡Dios nos conceda que ya no lo hagamos más, si así lo has hecho hasta ahora! El Evangelio demanda nuestra obediencia porque tiene como apoyo la autoridad de Dios.

A continuación decimos que, desobedecer el Evangelio, es evidentemente menospreciar el motivo, el amor maravilloso del Dios que nos lo envía. ¡Oh, cuán maravilloso amor es desplegado por Dios en el Evangelio, el amor que le hizo entregar a su Hijo Unigénito para que se desangrara y muriera, el amor que permitió que nuestro Señor Jesús fuera clavado en la cruz por su propia voluntad, para que pudiera sufrir en lugar nuestro! Oh, el asombroso amor de Dios, que proclama una amnistía completa y el olvido de todas nuestras transgresiones pasadas. Que nos diga: “Venid, pues, dice Jehovah; y razonemos juntos: Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos. Aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”. Que ruegue a los hombres para que se arrepientan y que les envíe un mensaje como este por intermedio de su siervo Isaías, “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos. Vuélvase a Jehovah, quien tendrá de él misericordia; y a nuestro Dios, quien será amplio en perdonar”. Que Dios haya hecho todo esto, y que sin embargo el hombre con su corazón orgulloso haga todo a un lado como si no tuviera ningún valor, es insultar el amor de Dios, y me parece que es algo muy cruel, una cosa monstruosa que hacen los hombres y las mujeres que son pecadores.

Y más aún, el no obedecer el evangelio es perpetrar una gran afrenta a nuestro Señor Jesucristo. El propio Hijo de Dios murió en la cruz en el Calvario, y que yo diga que no quiero su muerte, que la considero como algo sin importancia, porque soy lo suficientemente justo sin Él, o que,

aunque soy pecador, no me importa serlo y correré el riesgo de la ira divina, pero no aceptaré a este Cristo maravilloso como mi Salvador. Esto sería de veras terrible. Si los ángeles pudieran alguna vez estremecerse de horror, y asombrarse ante la enormidad de la culpa humana, sería cuando oyeran a un hombre decir por medio sus acciones, si no por sus palabras, en relación a Cristo: “No quiero tener que ver nada con Él; no me importa nada de Él”. Amigos queridos, quisiera, repito, acercarme a cada uno de ustedes, en lugar de dirigirme a una gran multitud desde lejos; y, si no han obedecido el evangelio, quisiera hacerles esta pregunta: “¿Pueden ustedes, quieren ustedes todavía desobedecerle cuando su desobediencia es en realidad un rechazo al Hijo de Dios que muere, y un insulto al amor todopoderoso de su Padre?”

La desobediencia al evangelio es, también, un acto que contiene la esencia concentrada de la rebelión contra Dios. Supongan que un rey promulga una cierta ley, y uno de sus súbditos viola cada uno de los mandamientos de esa ley. El rey manda a llamar a su presencia al infractor, y dice: “¿Amigo, de veras no quieres obedecer mi ley? ¿La consideras dura y severa?” El hombre le responde que la ley es dura y severa “pero”, agrega, “eso no es lo importante. Yo no reconozco tu autoridad sobre mí, y te odio”. Puedo suponer que es escasamente posible que este rey lleno de gracia pudiera decirle a su rebelde súbdito: “Escucha, amigo; te voy a pedir que hagas algo que es enteramente para tu propio bien: No para mi beneficio, sino para el tuyo. Sé que estás endeudado por la cantidad de diez mil libras esterlinas. Yo quiero darte esa cantidad, de manera que tu deuda quede saldada. ¿Quieres aceptar esto? “No”, responde, “no quiero; prefiero ir a prisión, y morir allí”. ¿No ven de inmediato cuál es el veneno de la animosidad de este hombre en contra del rey? Sin embargo, ¡ay! esta conducta es imitada constantemente por los pecadores rebeldes.

Aquí hay un hombre que enfáticamente dice, por medio de sus acciones: “prefiero ser condenado antes que obedecer el evangelio de Dios; prefiero estar sumido en el infierno para siempre que aceptar a su Hijo como mi Salvador. No quiero obedecer su ley; pero, para mostrar mi odio desesperado hacia Él y hacia todo lo que es de Él, tampoco obedeceré su Evangelio”. ¡Oh! dices, “no quiero decir eso”. Tal vez no, pero ese es el significado que está escondido en el mero centro de tu desobediencia, de la

misma manera que un gusano está escondido a veces en el centro de una fruta. No lo has percibido, pero allí está. “Pero”, argumenta otro: “yo... yo definitivamente no he dicho que nunca obedecería el evangelio”. No, pero definitivamente has continuado desobedeciéndolo hasta este mismo momento, pues todavía eres un incrédulo.

“¡Oh!” dices: “pero yo no soy escéptico; yo creo que todo lo que dice la Biblia es cierto”. Esa admisión sólo hace tu caso aún peor; pues, si es la verdad, ¿porqué no crees? Si Cristo dice la verdad, ¿porqué no crees en Él? Ésta es una conducta sumamente monstruosa, y muestra que te has decidido a no aceptar que el gran Rey de reyes reine sobre ti. Deseo, sin embargo, que veas de frente y con claridad ese hecho; pues espero que, cuando lo hagas, el Espíritu de Dios te convenza del pecado en el que estás viviendo, pues eso sería un gran avance en el camino que te lleva a buscar la limpieza de ese pecado por medio de la sangre preciosa de Jesús.

Hermanos amados, rueguen para que Dios bendiga el mensaje que estoy presentando con profunda solemnidad de alma, a los pobres pecadores. Pídanle que lo lleve hasta lo más profundo de sus corazones por la obra eficaz de su Espíritu Santo. ¿Sabes, mi querido oyente inconverso, cuál es la estimación que tiene Dios del Evangelio? ¿No sabes que ha sido el principal tema de Sus pensamientos y Sus actos desde toda la eternidad? Lo ve como la más grandiosa de todas Sus obras, ese maravilloso esquema de redención por medio de la sangre de su Hijo Unigénito, ese maravilloso camino de salvación para el pecador que deja de confiar en sí mismo, y cree en Jesucristo, el Hijo de Dios.

No puedes imaginar que ha enviado al mundo este Evangelio para que sea una pelota con la que puedes jugar, que le puedes dar una patada, como lo hizo Félix cuando le dijo a Pablo, “Por ahora, vete; pero cuando tenga oportunidad, te llamaré”. Ciertamente que ustedes no pueden creer que Dios envió al mundo Su Evangelio para que ustedes lo convirtieran en un juguete, y que dijeran, como Agripa le dijo a Pablo, “¡Por poco me persuades a ser cristiano!” Y luego sacar todo pensamiento del Evangelio fuera de sus almas. Ni siquiera pueden hablar de él de manera irreverente sin cometer un gran pecado. En mi propio corazón a menudo siento que no me atrevo a pensar en ese maravilloso monumento del amor infinito: el

evangelio proporcionado a los pecadores culpables, sin quitarme los zapatos como lo hizo Moisés, porque el lugar que piso es sagrado. Les ruego que no se diviertan con el Evangelio que rechazan, porque su sangre será requerida de las manos de ustedes.

Apelo a las conciencias de ustedes si no están como bajo el influjo de drogas. ¿Sienten que hacen lo correcto, ustedes que han sido mis oyentes durante tantos años, sienten que hacen lo correcto permaneciendo como oyentes solamente, y no hacedores de la palabra? ¿Sienten que, si Cristo viniera en este momento, podrían justificar la posición de ustedes ante Él? Si, en lugar de que estuviera este púlpito frente a ustedes, estuviera colocado el gran trono blanco, y los libros estuvieran abiertos, ¿suponen que podrían decir estando de pie: “Dios, hago bien en escuchar el evangelio aunque no creo en él; hago bien estando sentado en esta banca como impenitente”? Ustedes saben que no podrían hablar de esa manera; en ese momento se encontrarían sin habla, como el hombre sin el traje para la boda.

Tú sabes también, que no hay nadie a quien culpar sino a ti mismo por tu impenitencia. Yo estoy limpio de tu sangre, porque con fidelidad te he advertido. Tu propia conciencia confirmará lo que digo. Supón que te vuelves hacia algunos del pueblo de Dios aquí presentes, y les preguntas acerca de lo que piensan de su incredulidad en los días anteriores a su venida a Cristo. Pregúntales si consideran que era pecado; te dirán que cuando Dios el Espíritu Santo les dio vida y los despertó y los trajo a confiar en Jesús, sintieron como si nunca se pudieran perdonar ellos mismos por haber rechazado durante tanto tiempo las invitaciones del Evangelio, y resistido al Señor Jesucristo. Lloran, y se lamentan, y suspiran al recordar cómo se habían resistido al Espíritu de Dios, y cómo lo afligieron de mil maneras, reprimiendo su conciencia, ahogando su convicción de pecado, precipitándose de pecado en pecado para escapar del Evangelio si podían. Sienten que todo esto constituyó un terrible pecado, y ellos son buenos jueces en estos asuntos, pues el Señor les ha enseñado por su Espíritu, y pueden estar seguros que ciertamente es un gran pecado.

Y Dios mismo dice todavía, como lo dijo antes, “¡Por favor, no hagáis esta cosa abominable que yo aborrezco!” Si lo haces, piensa en las



consecuencias. ¿Acaso no sabe todo mundo que el suicidio es un pecado terrible? Sin embargo, el suicida, por decirlo así, tan sólo mata su cuerpo. ¡Pero qué culpa tendrá quien envía su alma al infierno por desobedecer el Evangelio! Para suicidarse, un hombre no necesita utilizar un cuchillo o una cuerda; puede dejar de comer si así lo prefiere; y quien rehúsa voluntariamente comer el pan del cielo, y condena su alma por un rechazo suicida de Cristo, ¿quién le podrá tener piedad? ¿Quién entre los ángeles, quién entre los hombres redimidos en la gloria, puede tener piedad del hombre que escogió sus falsas ilusiones y locuras, y prefirió perecer eternamente que obedecer el sencillo mandamiento del evangelio, “Cree y vive”.? Les ruego que pongan estas solemnes verdades en el corazón.

III. Llego ahora al tercer punto, que es este, ¿QUÉ ES LA OBEDIENCIA DE LA QUE SE HABLA EN NUESTRO TEXTO? “No todos obedecieron el evangelio”.

Tú preguntas: “¿Qué debemos hacer para obedecer el evangelio?” Presentaré la respuesta en forma breve y compacta. Primero, debes oírlo. Dios dijo desde tiempos antiguos: “Inclinad vuestros oídos y venid a mí; escuchad, y vivirá vuestra alma”;. y la razón de ese mandamiento es que “la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Cristo”. Pero, amados hermanos, deben tener cuidado en relación a cómo escuchan y qué escuchan. No deben escuchar el evangelio como si fuera un cuento o una canción. “Oídme atentamente”, dice el Señor, “y comed del bien”. Cuando escuchan debe haber un profundo y sincero deseo de conocer la verdad y conocer toda la verdad, especialmente esa parte que los condena, y los humilla hasta el polvo. Especialmente eso es lo que debes tratar de oír. ¡Oh pecador, no desees ser adulado con falsedades! No tengo duda que te gustaría, pero eso es lo peor que podrías escuchar. Evita un evangelio azucarado como evitarías el azúcar de plomo. Busca ese evangelio que rasga, y rompe, y corta, y hiere, y hace tajos, y hasta mata, porque ese es el evangelio que hace vivir otra vez; y cuando lo hayas encontrado, préstale toda tu atención. Déjalo entrar hasta lo más profundo de tu ser. Así como la lluvia es absorbida por el suelo, así ruégale al Señor que permita que su Evangelio sea absorbido por tu alma. Abre las ventanas de tu corazón; que Dios te ayude a hacerlo, por la devota atención y la meditación acompañada de

oración, para que el evangelio bendito y perfumado pueda venir flotando y penetre dentro de los más profundos pliegues de tu alma.

Pero escuchar el evangelio no es suficiente; el mandamiento claro es, “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”. Ahora bien, creer es confiar. La evidencia práctica de que hemos escuchado correctamente el Evangelio es que creemos en él. Este es el evangelio resumido: Cristo murió por los pecadores. Él tomó el lugar como Sustituto de todos aquellos que confían en Él. Yo confío en Él, y así yo sé que Él es mi Sustituto. Dios lo ha castigado a Él al tomar mi lugar, y por tanto no puede castigarme a mí también, pues eso sería castigar la misma ofensa dos veces, cosa que nunca hará el Dios justo. Cristo ha pagado todas las deudas de todos los creyentes. Quienquiera que confía en Cristo es un creyente, y así sus deudas son pagadas, está libre de la responsabilidad de esas deudas y por consiguiente, bien puede gozarse. La esencia de la obediencia al evangelio está en renunciar a toda confianza en uno mismo, y a todo intento de salvarse uno mismo por méritos propios, y solamente descansar en Jesucristo para ser salvo.

Cuando vas con tu banquero, tomas tu oro y se lo entregas para su custodia, y él lo cuida por ti. No vas con él, cinco minutos más tarde y le dices: “Por favor señor, me gustaría ver mi dinero, para asegurarme que está seguro”. Si así lo hicieras el banquero te aconsejaría que te lo llevaras, y que no lo volvieras a molestar. Pero no actúas tan tontamente, pues tienes la confianza que el banquero cuidará tu dinero; de la misma manera debes actuar con tu alma. ¡Vamos, ahora, que el Espíritu de Dios te ayude a hacerlo! Has de Cristo tu Banquero, deposita tu alma en Él, y entonces di, con el apóstol Pablo: “yo sé a quien he creído, y estoy convencido de que él es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”. Ese acto, que es un acto continuo a través de toda la vida, es el acto que salva el alma.

“¡Ah!” dice alguien, “pero entonces el arrepentimiento también es requerido”. Así es, y el que confía su alma a Cristo es seguro que se arrepiente, porque el verdadero arrepentimiento hace que un hombre hable así: “¿Acaso Cristo ha salvado realmente a mi alma? ¿Ha sido tan amoroso y lleno de gracia conmigo como para hacerme suyo para siempre? ¡Oh, entonces, me avergüenzo de no haberlo amado antes! Mi mente ha

cambiado hacia Él ahora. Sin embargo ¡oh, cómo quisiera no haber actuado como lo he hecho! Me duele cuando pienso cómo he pecado contra Dios. Y ahora Él me ha perdonado. Le ruego que me ayude de ahora en adelante para que yo sea su siervo fiel, para hacer su voluntad, y no la mía”. El arrepentimiento genuino es un cambio completo de la mente en relación a todas las cosas a través del conocimiento del amor de Dios derramado en el corazón por Jesucristo Nuestro Señor.

A continuación recuerda que el Señor Jesucristo requiere que de ahora en adelante, lo reconozcas a Él como tu Señor, tu Maestro, tu Rey, tu Líder, tu Todo-en-Todo. Debes dar un paso adelante y confesar que tú le perteneces, y que te has entregado enteramente a Él. Y Él ha establecido la manera externa en que debes hacerlo para testimonio para los demás, es decir, siendo sepultado juntamente con Él por el bautismo en la muerte. No que esto te va a salvar, pues no tienes ningún derecho de observar esta ordenanza mientras no seas salvo. Pero cuando has creído en Jesús, tienes que hacer tu confesión de fe según la Escritura, dando el testimonio que perteneces a Cristo, habiendo sido muerto y sepultado y después habiendo resucitado en la propia ordenanza del bautismo que es una figura y que nuestro Señor ha establecido. Ustedes deben obedecer lo que Cristo ha mandado, y seguir el ejemplo que Él ha dejado ante ustedes. Y por mi parte yo, mientras mi lengua pueda hablar, nunca dejaré fuera ninguna parte del Evangelio de mi Señor. Pues si bien es cierto que a veces yo casi he deseado que no hubiesen ordenanzas externas, ya que en estos días esas ordenanzas son pervertidas con descaro, y son puestas fuera del lugar y del orden que les corresponden, y son mal interpretadas, a pesar de eso, Dios no permita que en ningún momento intentemos alterar su Palabra!

Está registrado en las Escrituras, “con el corazón se cree para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación”. Nuestro Señor Jesús dijo, como a menudo se los he recordado “Por tanto, a todo el que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos”. Así pues, me parece que Cristo requiere de ustedes una fe incondicional, que hará que ustedes se entreguen a Él para ser de Él para siempre, y que sean obedientes a cada uno de sus mandamientos a medida que el Espíritu de Dios los ilumine en lo que concierne a ellos.

Ahora, querido joven, aquí estoy, como un sargento que está reclutando, y quisiera por Dios que pudieras alistarte bajo el estandarte del Señor Jesucristo. No puedo ir y preguntarle a cada uno personalmente si quiere alistarse o no; pero confío que el poder de mi Señor va con su Palabra, y que Él te constreñirá a enrolarte entre quienes lo siguen. Pero quiero recordarte de nuevo que no es un asunto opcional para ti. Tú estás obligado a hacerlo. Debes hacerlo. “Bien”, dice alguien, “estoy deseoso de alistarme; ¿cómo debo hacerlo? ¿Cómo se enrola cualquier soldado inglés? Toma el dinero de la reina, ¿no es cierto?

Este es el camino para llegar a ser cristiano; toma a Cristo. No tienes que dar nada, tienes que tomar, y tomar a Cristo; y de inmediato, por ese acto de fe, has recibido a Cristo y eres un soldado de la cruz. Los soldados de Dios, sin embargo, no son “hombres de servicio a corto plazo”. Deben servir durante toda su vida y por toda la eternidad. Cuando tomamos a Cristo, lo tomamos como el esposo toma a su esposa, para bien o para mal, para la abundancia o para la pobreza, por toda la vida o hasta la muerte. Oh; pero nuestra unión con Cristo, va más allá que eso, llega la muerte y rompe los lazos conyugales; pero, con nosotros:

Una vez en Cristo, en Cristo para siempre;  
Nada de Su amor nos puede separar.

“Por lo cual estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni lo presente, ni lo porvenir, ni poderes, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro”.

Espero que aquí haya algunos que estén diciendo: “Ya veo lo que nos ordena el evangelio, y quiero obedecer; pero no tengo la fuerza que se requiere”. Mi querido amigo, si tuvieras alguna fuerza ésta sería más bien un obstáculo para ti. Lo que Cristo quiere es tu debilidad, no tu fuerza. “Pero, señor, no estoy preparado para venir a Cristo”, exclama otro. Tú eres exactamente el hombre que Él quiere; tu preparación sería un estorbo para ti; lo que Cristo quiere es tu falta de preparación, no tu preparación. “¡Oh, pero no tengo nada bueno en mí!” Tú eres otro de los hombres que Cristo quiere; lo bueno en ti se atravesaría en Su camino. Él murió para quitar tu pecado, y eso es lo que Él quiere que tú creas. Así pues, sin nada bueno, sin

ninguna preparación, con todo lo impío y vil que eres, te ruego que sigas estas líneas que voy a repetir y veas si de verdad se las puedes decir a Cristo desde tu corazón:

Como gusano culpable, débil e indefenso,  
En tus afectuosos brazos caigo;  
Sé Tú mi fuerza y mi justicia,  
Mi Jesús, y mi todo.

¿Acaso dices eso? ¿Dices también, “Me confío totalmente a Él, y deseo que me salve del pecado y me haga santo. Deseo ser su siervo fiel y su súbdito mientras viva. Que tan solo me salve, y lo amaré por siempre”? Si tu corazón ha dicho realmente eso, eres un hombre salvo, tan cierto como que vives. Hermana, si también dijiste eso, vete en paz. Tus pecados, que son muchos, te son todos perdonados. Si dijiste eso, hijo mío, entonces ten buen ánimo, tus pecados te son perdonados. Toma tu cama y camina, tú, pobre alma inválida; esta noche has encontrado la salvación. Es tuya la salvación gratuita, completa, irreversible, eterna, pues has obedecido el mandato del Evangelio, el cual, estoy convencido, ha llegado con poder a tu corazón.

¡Oh, hermano, ahora sé honesto con Cristo! Comienza de inmediato a confesarlo a Él, y nunca dudes de reconocerlo como tu Señor. Si te ha salvado, proclámalo. Es una vergüenza para cualquier soldado cristiano no llevar su uniforme. Cristo es tal Señor que vale la pena vivir por Él, y vale la pena morir por Él. Oh, si todas nuestras vidas se pasaran en medio del fuego del martirio, Cristo merece que ninguno de nosotros pueda acobardarse en la prueba por su querida causa. Sé un cristiano en todo y por todo, joven amigo, si verdaderamente eres un cristiano. ¡Que Dios te ayude a hacerlo, dándote por entero a Cristo para ser suyo para siempre! ¡Que así lo conceda Dios, en el nombre de Jesús! Amén.

